

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

La luz naranja de las farolas y el saxo de Joshua Redman. Redman, uno de esos negros que desprenden serenidad, antes incluso de empezar a tocar. El cable del auricular asoma bajo el gorro de lana que se adhiere a mi cabeza y se esconde en uno de los bolsillos de mi sudadera. Corriendo, como todas las noches. Corriendo contra el aire húmedo de las noches con niebla de noviembre, las noches de aquí. Siempre dando vueltas a la cabeza desordenadamente pero con una meta. Como una pieza de jazz. Buscando la forma de continuar con la historia. La historia de mi novela.

Si pudiera salir de mi cuerpo me vería pasar de largo, por la acera vacía, con el ruido de fondo del camión de la basura. Y me alejaría hacia la zona arbolada de aquella parte del barrio, desapareciendo entre la niebla. Pero claro, eso no es posible.

Es más, si fuera una película, me vería en formato panorámico. Pero no en dieciséis novenos, en widescreen, más bien, y entremezclada con el sonido del silencio de la noche y los camiones de basura, escucharía la música de una de las canciones de Damian Rice, o uno de los temas del último disco de la Elastic Band de Joshua Redman. Eso si fuera una película.

No sé por qué escucho a Redman.

Mi novia de toda la vida me dejó justo después de uno de sus conciertos.

Segundo Premio de Relato
David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

PARALELAS IMPERFECTAS.

DOS ENCUENTROS IMPENSADOS.

1.

Lara está sentada en el suelo de un cuarto desnudo. Un cuarto desnudo que hasta hace unos días representaba una vida, su vida, su lugar de referencia. Ahora ya no, ahora ya no es su lugar de referencia, ahora está desnudo. Es impersonal, neutro, gris. Gris pero no neutra, Lara abraza sus rodillas flexionadas, las aprieta contra el pecho. No hay luz, pero un temblor naranja la ilumina levemente. Y por la ventana abierta se cuelan los reflejos de la noche, los semáforos y las farolas, los coches que van y vienen. Lleva uno de esos vestidos de una pieza, una especie de camiseta muy larga, a rayas, horizontales. Está descalza.

Frente a ella hay un cubo metálico, una especie de papelera plateada de la que sale una pequeña llama y algo de humo.

Lara está sentada en el suelo y tiene las mejillas húmedas y los ojos hinchados. El rimel se desmorona con delicadeza. Y es imposible no sentir un temblor pequeño, una punzada en el estómago y otra en la espalda al imaginarla ahí, sola, retorciéndose por dentro, pensando en tantas cosas hechas, en tantas cosas pasadas.

2.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

La historia es sencilla. Alguien, un tipo, un hombre cualquiera, de cualquier lugar, está leyendo *Justine*, de Lawrence Durrell. Lo está leyendo, ¿no? Lleva un par de semanas buceando por la Alejandría de los años treinta, por la mansión de Nessim, por las callejuelas que frecuentan el propio narrador, oculto bajo el sobrenombre de Darley, o su amante clandestina que da nombre a la novela; por los densos recovecos emocionales que salpican cada una de las páginas del libro. Y tiene una novia... El tipo, el tipo. El tipo tiene una novia, llevan unos meses saliendo, tres, cuatro, no sé, pocos. Pocos para ella. Pocos para que él la quiera, según ella. Poco tiempo. Porque el problema es... Quiero decir, el tipo sale con una mujer, con una chica, como quieras llamarla, una chica de su edad. Y el problema es que él se enamora de ella a los pocos días de empezar a salir. Se enamora, lo sabe, está enamorado, la quiere, es parte de él. Y para ella es poco tiempo, tiene miedo de que no sea verdad. Pero sobre todo tiene miedo de no estar a la altura. Porque ella está muy bien con él, le gusta, siente algo muy bonito, se divierten, tienen gustos parecidos, besa muy bien. Tiene los labios más bonitos del mundo... Él, él es el que los tiene bonitos. Al menos para ella. Ella siente todo eso, pero le da la sensación de que no alcanza a sentir lo que él parece sentir. Un poco lioso, ya... De explicar, de explicar. Sí. Porque la situación es bien sencilla. El caso es que al final ella decide dejarlo. Lo deja y rompe con él, a pesar de que se está dando cuenta de que está cometiendo el mayor error de su vida. Pero así son algunas personas. Y transcurre el tiempo. El tipo termina de leer el libro y le encanta. El libro pasa a formar parte de su imaginario personal de obras de arte favoritas, junto a algunas películas de David Lynch, algunos discos de Dream Theater y otros cuantos libros de Paul Auster, el autor de *La ciudad de cristal*, su libro favorito.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

Unos meses después, o un año, o dos, todavía no lo sé pero bastante tiempo después vuelven a encontrarse. Empiezan a quedar, ninguno tiene pareja estable, y al final se lían otra vez.

Y pasan cinco o seis años juntos.

Todo parece funcionar, todo parece ir viento en popa. Un día el tipo encuentra en una estantería de su casa un ejemplar viejo de *Justine*. Es el mismo que leyó años atrás. Comienza a hojearlo y finalmente se engancha y decide releerlo.

3.

La puerta del apartamento se abre. Se abre y entra un tipo, alguien que desde luego no esperaba encontrarse a nadie allí. Pero tampoco es que se asuste, la verdad. La verdad es que el tipo mira a Lara y siente lo que sentiría cualquiera que se diera de bruces con una situación así: siente que se está metiendo de lleno en algo muy delicado, muy personal; siente que querría desaparecer de allí con un chasquido de dedos. Pero no puede hacer otra cosa que acercarse a esa chica que llora tranquila, mirando fijamente la papelerera ardiente y sin advertir su presencia. Cuando levanta la vista, Lara se quiere morir. Se quiere morir porque no ha escuchado la cerradura, no ha escuchado nada, y ella no debería estar allí; porque al mirar hacia arriba se ha encontrado con un cuerpo enorme y desconocido, un cuerpo enorme visto desde allí abajo, desde el suelo. Y lo único que ha podido hacer es limpiarse la última lágrima negra de su mejilla. Limpiar su mejilla y decir “Hola”.

Segundo Premio de Relato
David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

Eso, y apretar aún más fuerte sus rodillas contra el pecho.

4.

Salgo otra vez a correr. Ya van dos meses. Otra vez las mismas sensaciones, la música en el interior de mis oídos, las imágenes móviles de la ciudad de noche.

Me siento en el mismo banco que la otra noche. No es un parque muy grande. Es más bien una de esas zonas verdes que hay en el interior de los barrios, una especie de manzana grande liberada de hormigones y fachadas de ladrillo. Le han arrancado todos los bancos menos éste. Me gusta sentarme cuando salgo a correr. Corro media hora y después me siento. Busco un banco y dejo reposar mi espalda contra el respaldo de aristas de madera. Extiendo los brazos por detrás y estiro las piernas hacia delante.

Así siento el frío llegar poco a poco.

Esta noche estoy escuchando sin parar *Hurricane*, de Tapping The Vein, esperando...

Floating, flying

I'm ready for my fade

I will wait for you here because you are all I know

...*Hurricane*, de Tapping The Vein, esperando a mi compañero de banco, como anoche, para contarle cómo sigue la historia.

Anoche.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

Anoche estaba sentado en el único banco... Estoy sentado allí y de pronto un amasijo de mantas y ropajes que se acerca empujando un carro del Centro Comercial, también repleto de ropas y harapos. Yo a lo mío, a estirar brazos y piernas. Y el bulto andante acercándose. Entonces se detiene frente a mí. Se detiene, aparca su carrito a un lado del banco y aparta una de las mantas que lo cubren para descubrir un rostro sucio y cubierto de barba blanca. Unos ojos entrecerrados me miran inquisitoriamente y me dicen “Este es mi banco. Largo”. Ante eso, nada que hacer. Me aparto un poco, acercándome al extremo del banco, dejando un hueco considerable. Pero parece que no es suficiente. Quiere todo el banco. Yo le comento que me parece muy bien que sea suyo, que yo sólo quiero descansar un rato. Le explico que soy escritor, que estoy angustiado porque mi novela está atascada. Y que necesito cumplir mis rituales particulares: correr, sentarme en un banco, llegar a casa, ducharme y pasar horas y horas frente a la pantalla blanca del ordenador, mirando parpadear la barrita que indica por dónde va mi texto, mi historia, mi novela, mi suplicio mayúsculo, que por otro lado no va a ningún sitio, la verdad. Y entonces a él le dan igual mis rituales, mis suplicios, mis pantallas en blanco y mis carreras nocturnas. Levanta el brazo con avidez y me da tal sopapo con uno de sus trapos en toda la cara que me deja doblado sobre el banco. Aturdido, me incorporo de nuevo, cubriéndome el rostro, y resulta que no está dispuesto a atizarme otra vez, cosa que yo preveía, sino que me pega un empujón amistoso y me dice que me eche a un lado. Se sienta junto a mí, comienza a reírse y saca una botella de whisky. “Así que escritor”, y bebe. “Yo también fui escritor”.

Segundo Premio de Relato
David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

5.

- Es que voy a vivir aquí. Esta tarde me han dado las llaves y he pensado en pasarme para echar un vistazo. Todavía no tengo decidido dónde poner el sofá.

- ...

- Tú... ¿Vives aquí o...? Bueno, no sé... Esto es un poco violento.

- ...

- Oye... ¿Estás bien?

- Vivía...

- ¿Qué?

- Vivía, vivía aquí... Hasta la semana pasada.

- Así que tú eres la que...

- Por favor, no sigas por ahí. Supongo que ya te habrá contado la casera...

- Vale, vale, perdona. Sí. Algo me han dicho.

- Mira... Había venido a recoger unas cosas que me quedaba por llevarme, pero he visto otras que... Bueno... Al final no he podido hacer otra cosa. No podía dejarlas ni llevármelas. Pero me voy ya.

- Tranquila, tranquila. No me molestas. Además, digamos que vitalmente la casa ahora mismo es tan tuya como mía. Tú te estas desprendiendo de ella y yo todavía no sé ni dónde poner el sofá. ¿Me puedo sentar un rato?

- Claro... Claro.

- Perdona que te mire, pero... Bueno da igual.

- Dime.

- ¿Te puedo preguntar una cosa?

Segundo Premio de Relato
David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

- ...

- ¿Qué es lo que quemas?

- ...

- Ahí... En la papelera... ¿Qué es lo que quemas?

- Son fotos...

- ¿Fotos?

- Sí. Fotos.

- Mmm... Eso es como quemar el pasado...

- ...en blanco.

- ¿En blanco?

- Fotos en blanco. Fotos que nunca fueron.

6.

Unos días después de empezar a leer de nuevo *Justine* el tipo va con su chica en el coche. Van a cenar a algún sitio, van a alguna parte, no sé bien todavía.

Y ella le pide que pare el coche, que tiene que decirle una cosa. Entonces él le pregunta que si no puede esperar a que lleguen al sitio, al restaurante, a casa,

a dondequiera que vayan. Y ella le dice que no, se pone muy nerviosa y le pide que pare el coche. Paran en una calle, en doble fila, y la chica, tras unos

segundos en silencio con la cabeza agachada, le dice que no pueden seguir juntos. Tras una hora de conversación surrealista el tipo, desencajado,

desorientado, sin entender nada de lo que acaba de escuchar, la deja en su casa y se marcha a la suya.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

Al entrar en el dormitorio se queda mirando la mesita de noche. Sobre ella está el libro, justo debajo de la foto en la que ella mira por la ventanilla de un tren.

Y piensa que todo está relacionado.

“¿Qué te parece?” le pregunto al viejo. Su respuesta es “Bua”. Me comenta que no tiene miga. Y que se le está acabando el whisky. Le pido que me eche una mano. Y le digo que si lo hace, le compro otra botella. No es muy ético, pero es un trato entre dos necesitados. Tras unos minutos en silencio repite “No tiene miga...”

- No tiene miga... Pero tiene arreglo.

7.

Lara se encuentra a gusto allí, sentada en el suelo de su antiguo salón ahora desnudo, con la espalda apoyada en la pared fría y con ese tipo al lado que le da conversación. La verdad es que una milésima de segundo antes de que él entrara no hubiera deseado ni lo más mínimo hablar con nadie, ni ver a nadie, ni ninguna frase que tenga que ver con la humanidad entera. Quería que la tierra se la tragase, que el suelo de la habitación se abriera y la engullera en una caída interminable. Pero ahora está mejor. Aquel tipo ha sido muy amable no mosqueándose con ella ni montándole un número. A lo mejor lo único que quiere es currarse un buen polvo, pero lo cierto es que no parece eso. Lara está bien. Bien, dentro de lo que cabe...

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

La papelera exhuma los últimos recuerdos futuros y a la vez los convierte en humo. Las fotos en blanco caen en el cubo metálico, se vuelven amarillentas y después negras, intensamente negras. Y Lara las mira fijamente.

Cada vez siente más necesidad de contarle a su compañero de asiento en el suelo el significado de esas fotos en blanco. Se lo está ganando.

La mira de reojo, de vez en cuando, intentando que ella no se dé cuenta. Se mantiene allí, observando también la papelera, callado, respetando su momento, el momento de esa chica. No ha vuelto a abrir el pico desde que se sentó allí y espera a que ella termine de hacer lo que diablos esté haciendo. Cree que es lo más justo. La chica sigue echando fotos en blanco a la papelera y a él le parece un momento mágico. Sin saber por qué.

- ¿Sabes? Te voy a contar algo...

- ...

- Hace algún tiempo me regalaron un cuaderno...

Lara le regala la historia de su viejo cuaderno azul marino, el cuaderno de hojas cuadriculadas sin numerar, encolado y sin gusanillo. El de la inscripción en el lomo “never ending story”.

8.

Entramos en una licorería y le compro una botella de whisky. Lo prometido es deuda. De camino al banco, su banco, nuestro banco, me cuenta una historia que le ocurrió hace tiempo. O al menos eso dice. Vaya usted a saber. Es la

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

historia de un álbum de fotos y una tienda de discos de segunda mano en Rotterdam.

Cuarenta años atrás, dice, viajó a Holanda buscándose la vida. Llegó al puerto de Rotterdam y encontró trabajo como estibador de los buques de carga que salían para Inglaterra. Su vida allí era mecánica: durante catorce horas cargaba y ordenaba las bodegas y los almacenes de los buques. El resto del tiempo reponía fuerzas bebiendo en los bares de los alrededores y visitando los peores tugurios, en los que se beneficiaba a varias fulanas todas las semanas, hasta que, agotado, se llevaba a alguna a su “hogar”, aquella habitación de hotel en la segunda planta de un ruinoso edificio que hacía chaflán. Pero un día toda esa rutina cambió de un plumazo. Como casi siempre, despertó al lado de una espalda desnuda, desconocida. Tras vestirse y dejar unas monedas en la mesilla de noche, salió de la minúscula habitación de la pensión donde vivía y se dirigió al Puerto dispuesto a comenzar a cargar cajas. Pero al llegar no había barcos. Ni uno sólo. Una huelga que afectaba al tráfico marítimo había convertido el puerto en un desierto insólito.

Aquello le provocó vértigo.

Todavía ahora, al recordarlo, se detiene en seco, frena el carrito de la compra y, en mitad de la calle, pierde su mirada en el horizonte troquelado de edificios altos que tenemos enfrente.

Ver todos aquellos muelles vacíos formando un espacio basto de silencio y quietud lo tuvo bloqueado unos minutos. Y sintió esa punzada en la cabeza por primera vez. Lo tuvo claro entonces. Tenía que ir a aquella vieja tienda de discos. Se dirigió a la parte noroeste de la ciudad, corriendo, andando deprisa, corriendo, andando deprisa. Y al doblar una esquina, la última esquina antes de

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

llegar, tropezó con algo y cayó al suelo. Todo negro y embarullado. Y después aquellos ojos negros de mujer.

La segunda punzada llegó al mirar aquellos ojos negros infinitos. La mujer, algo aturdida, no acertaba a recoger todo lo que había en su bolso, un pequeño neceser, un libro..., todo lo que ahora estaba esparcido por la acera. Parecía tener prisa, pero tampoco podía retirar la mirada de aquel extranjero de manos agrietadas y gesto rudo. Aquellos ojos que se dejaron mirar, se abrieron camino y llegaron hasta las entrañas del extranjero con olor a río y sudor.

Caminando por la acera, durante unos segundos sólo, se escucha el rodar del carrito de la compra repleto de ropas y trastos viejos. Y nuestros pasos. No me lo ha dicho, pero seguro que su mirada de ahora, de ojos rojizos y párpados caídos y arrugados, es exactamente la misma, por dentro, que la de cuarenta años atrás; y que en este mismo instante esa mirada, que un día cambió el rumbo de su vida, allá donde esté, si es que está, se estará reavivando, abriéndose paso de nuevo entre el tiempo y el recuerdo de aquellas entrañas que hoy esconde la fachada de un viejo vagabundo, quién sabe si medio cuerdo, que un día fue estibador en los Países Bajos.

- Nunca llegué a la vieja tienda de discos de segunda mano. Allí vendían otras cosas usadas, trastos viejos y objetos inservibles. Yo me había fijado en un álbum de fotos. Era marrón, con las hojas marrones también, unas hojas sujetas a las tapas con dos cuerdas gruesas de color negro. Al ver el puerto vacío sentí una enorme necesidad de guardar esa imagen para siempre, pero no sólo en mi cabeza. Por entonces tenía ya... ¿Dónde está?... Aquí... ...Esta cámara de fotos. Ya era vieja entonces... Y el álbum tenía que ser aquel álbum

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

marrón que había visto varias veces en la tienda de discos de segunda mano. Pero esas punzadas...

Me cuenta que al chocar con aquellos ojos negros sintió que todo aquello ya lo había vivido. Que no creía en el destino, pero que en alguna parte, había soñado eso. Puede que antes incluso de marcharse a Holanda.

Y todavía ahora siente escalofríos al pensarlo.

- La mujer se llamaba Lara.

- ...

- Esta historia sí que tiene miga...

- ...

- Por cierto. El libro era *Justine*, de Lawrence Durrell.

9. Las fotos futuras.

Lara parece encontrar un escape charlando con aquel desconocido. Se siente cómoda. Habla de su cuaderno azul...

...“Never ending story”. Esa es la inscripción del cuaderno. Un cuaderno sencillo, sin gusanillo, con un montón de hojas bien encuadernadas. Arruga con desinterés el papel de regalo y lo tira a la papelera sujeta a la farola de al lado.

Su mirada está fija en el cuaderno, la cabeza gacha, con una sonrisa boba e inocente asomando leve. Pablo la mira contento y aliviado por su reacción. Es un regalo muy personal. Es el cuaderno del futuro, un futuro repleto de

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

cuadrículas grises sobre fondo blanco. “Vamos a apuntar todo lo que hagamos juntos”. Y aún más “Seguro que vamos a tener que comprar otro más pronto de lo que tú te crees”. Lara sonrío y no dice nada. Se le está ocurriendo otra idea. Los coches pasan sin cesar y las grúas trabajan, provocando un ruido horrible, pero para Lara son sólo una nebulosa móvil que ronronea levemente. Para Lara y para Pablo.

Lara queda con Pablo en el mismo sitio. Es una calle normal y corriente, pasaban por allí cuando él se decidió a darle el regalo la otra vez. Pero esta vez es adrede. Si nos ponemos simbólicos, nos ponemos simbólicos de verdad. Pablo deslía la cuerda granate que recorre los cuatro lados de aquel regalo cuadrículado. Retira el papel de regalo, que no es papel de regalo sino de periódico (el toque personal de Lara envolviendo regalos) y observa con atención. Es un álbum de fotos marrón, con un cuadradito de cartulina marrón más clara que encierra una inscripción echa a mano: “El álbum de fotos de Lara y Pablo.” Cuando lo abre puede ver que las hojas del álbum están todas en blanco. Mejor dicho, en marrón, porque son todas marrones. Están sujetas a las tapas por dos cuerdas gruesas de color negro. Pablo levanta un instante su mirada y ve la cara ilusionada de Lara, sus ojos negros, más profundos que nunca. Y al agachar de nuevo la cabeza, observa, poniendo atención, que las hojas no están completamente vacías. Hay rectángulos dibujados en ellas y pequeñas, diminutas inscripciones a los lados. “Pablo y Lara en el restaurante”. “Pablo y Lara de paseo por el Sena”. “Pablo y Lara desayunando en el parque”.

- Son las fotos de lo que vamos a hacer. Las fotos de lo que venga.
- Es el regalo más precioso que me hayas hecho.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

- Es un poco improvisado. Cuando me regalaste el cuaderno se me ocurrió que podía ser como un complemento. Tiene instrucciones en la última hoja.

Pablo mira conteniendo la impaciencia, pasando las hojas de cinco en cinco pero suavemente, y lee el cartelito que hay pegado a la tapa de atrás por dentro.

“Este álbum es mágico. Cuando se te ocurra alguna situación que quieras compartir conmigo, no tienes más que escribirla y dibujar el rectángulo de la fotografía futura con estos rotuladores plateados. Siempre se cumple”.

A Pablo se le escapa una lágrima. Y por dentro, que es como se sienten estas cosas, piensa que es la persona más afortunada del planeta. La más afortunada.

Lara lo mira orgullosa, orgullosa por su regalo. Pero también orgullosa de Pablo, de su Pablo, del más guapo del mundo. El chico que cuando llora sigue siendo el más guapo del mundo (o más, si cabe).

Cuando los dos reaccionan, se marchan de aquel parquecillo feo, insulso y arrinconado por bloques de edificios.

Como dos figuras pintadas a carboncillo sobre la estampa de la ciudad anocheciendo, con los bloques de edificios y las grúas recortando el cielo rosa anaranjado, se alejan, dejando de lado un rectángulo verde en mitad de los muros de hormigón, un parquecillo casi mutilado de bancos.

10.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

Durante tres o cuatro meses me he encontrado con él cada noche. Ha entrado a formar parte de mi rutina: correr, descansar en el banco mientras llega, estirándome como un muelle, y charlar con él. He descubierto un mundo increíble a través de sus palabras. Nunca sabré si son ciertas o no, si una parte es inventada o exagerada. Me da igual. De vez en cuando me pierdo en mí mismo reflexionando sobre ello. Pero siempre concluyo que me da igual. He escogido creer que es su vida. Y como los he conocido a él y a sus historias al mismo tiempo, prefiero quedarme con ambas cosas como una misma realidad o una misma mentira. Da lo mismo.

Justine.

Cuando tuve que empezar a escribir mi nuevo libro, hace ya meses, partí de unas pocas cuestiones autobiográficas. Una de esas cuestiones era *Justine*. Durrell me atrapó hace tiempo, pero no podía ni imaginar que su libro iba a motear de tal forma un periodo de tiempo tan breve como el que se arrastraba desde el verano hasta ahora. Primero el releerlo, después utilizarlo en mi libro, luego la historia de Holanda... Siempre me han fascinado por completo este tipo de cosas, de sucesos que impregnan la vida de alguna forma y la dotan de cierta poesía, de simbolismos unas veces tontos y otras mucho más profundos. Pero siempre son ingredientes que acaban de alguna forma con el tópico de la monotonía y la rutina. Siempre he sido reacio a creer ciegamente en el destino, nunca he sido fatalista. Porque eso suponía renunciar de alguna forma a lo racional y porque de lo contrario sólo podría haber aspirado a ser un buscador de causas perdidas (si el destino lo trastocara todo, poco podría conseguir un pobre hombre luchando contra él, porque esa propia lucha sería una parte más de una vida manejada y teledirigida). Pero pensar que el azar, a veces, surge,

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

reflota, se levanta de la nada y da unos pellizquitos por aquí y otros por allá, me libera y me llena de una inexplicable vitalidad.

Justine en mi casa, en mi mesita, en mi vida. *Justine* en la estantería de mi personaje. *Justine* en Rotterdam, en el interior del bolso de los ojos más preciosos del mundo y al instante tirado en una acera cualquiera. Y quién sabe cuántas *Justine* más quedarán por ahí, quedarán por venir.

De momento llevo ciento veintitrés páginas del borrador de la novela. Y ahora todo es más fácil. Que mi compañero de banco, cuyo nombre, por cierto, todavía no conozco (qué cosas, después de tantos días de chácharas y parloteos) me cuente mil historias todas las noches durante un rato, me hace avanzar en la novela. Lo curioso es que no tienen nada que ver sus cuentos con los míos, sus vivencias con las de mi personaje. Quizá hubiera sido más fácil abandonar mi historia, que al fin y al cabo estaba estancada, y haber escrito la suya. Pero, no sé por qué, no lo hice. Desde un principio lo sentí así. A lo mejor dentro de algún tiempo me da por recopilar todas las historias que él me cuenta. Pero de momento no.

Ahora se acaba de marchar. A dar una vuelta, ha dicho, antes de volver para intentar dormir. Estaba raro. Yo también me he encontrado algo extraño. De hecho tampoco es normal que me haya quedado en el banco tanto tiempo.

Una hora después me marché a casa algo confuso. Creo que voy a correr un poco más de camino a casa. Por cierto, el tiempo que me he quedado en el banco he seguido dándole vueltas al asunto de sus cuentos, ¿verdad, mentira, exageración? He encontrado la mejor razón por la que creer que es cierto todo lo que cuenta. Siempre que termina de contar alguna historia, cada vez que

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

exhala la última frase de sus cuentos, una capa casi transparente, brillante y húmeda, recubre sus ojos por unos segundos. Y estoy seguro de que entonces, perdido en el tiempo, le importa mil rayos que le traiga whisky cada tres noches, que esté allí escuchándolo o que me sirva de algo todo lo que sale de sus labios. Porque su cabeza, y cada uno de los rincones de su cuerpo entumecidos por el frío, están, a esas alturas, muy lejos de aquel parquecillo funesto en mitad de un barrio periférico de la ciudad.

11.

La papelera deja de respirar. Poco a poco, las cenizas se apagan del todo y el humo cesa, marchándose manso por la ventana. Lara ha dejado de llorar y su compañero de suelo sigue ahí, inmóvil, con la mirada fija al frente. Después de tanto rato hablando de sus cosas, después de contar los casi tres cuadernos azules que terminaron y el álbum de fotos repleto que completaron, Lara se siente absurda. Seguro que aquel tipo piensa que está chalada. No le trae mucho a cuenta, pero tampoco es plato de buen gusto ir por ahí quedando como una tarada. Lo mira fugazmente. Parece imposible. No ha despegado el pico en todo el rato, pero tampoco ha dado muestras de no estar prestando atención.

Unos minutos de silencio.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

El chico la mira y le dice que se va. Gracias, le dice. Por contarle todo aquello, gracias. Y por hacerle pasar un rato inolvidable. Eso no se lo dice, se lo guarda para sí. Iba a comprobar cómo era de grande el salón y se ha encontrado con algo precioso. Claro, puede parecer sádico, piensa, pero la situación en sí era bonita. Dos desconocidos allí, sentados en el suelo, viendo arder unas fotos en una papelerera metálica, con el ruido de la calle de fondo y como única luz el reflejo de las llamas y las farolas anaranjadas de afuera. Es una fotografía bonita. Sin saber su nombre, sin saber si todo lo que cuenta es verdad, o si es sólo su versión trastocada de las cosas, su versión interesada, qué más da. Él, que sólo venía a medir dos paredes para poner un sofá.

Bajando la escalera se acuerda de lo que le dijo horas antes a esa chica, que si la casa era vitalmente de los dos. Piensa en eso. Y al tiempo piensa en el bufete donde trabaja, en la seriedad que rodea su mundo. Y le parece una tontería. Pero en el fondo piensa que es cierto. Allí arriba, en el piso que deja atrás, esa chica ha pasado momentos estupendos, momentos horribles, pedazos de su vida. Y eso no se va sin más de la noche a la mañana. Necesita una transición. Y esta tarde, noche ya, ha sido el comienzo de esa transición. Su transición. Se ha marchado. Ha querido irse porque pensaba que era justo dejarla un rato más a solas. Uno o mil ratos. Dejarla con su pena y sus historias.

El descansillo y más escaleras.

Él se conoce muy bien. No va a dejar de darle vueltas. Sabe que en un par de horas, cuando coja ese avión, va a seguir pensando en las historias de esa chica, en su álbum, en sus cuadernos. Porque su vida es más gris. Llegará a Rotterdam, se reunirá durante ocho horas con los mismos ejecutivos fríos y

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

neutros de siempre, los de la Empresa de Transporte Marítimo a la que asesora, y después se encerrará en la minúscula habitación de hotel de siempre, la del segundo piso del húmedo y ruinoso hotelito desprendido de una esquina frente al muelle dieciséis. El presupuesto no da para más. Lo sabe. Pero no le importa, porque ya está cansado de imaginarse historias para entretenerse, incapaz de construirlas y vivirlas; de comerse la cabeza con problemas propios y ajenos, con problemas a veces inexistentes.

Se va a dar un respiro.

Cuando llega al coche cambia de idea. No va a ir todavía al aeropuerto. Todavía tiene tiempo. Coge la cartera del maletero y cierra de nuevo. Recuerda que tenía que haberle llevado unos papeles hace tiempo a un cliente y piensa que está relativamente cerca como para ir dando un paseo. Es primavera y aunque hace un poco de fresco se está bien.

Al doblar la esquina, pensando en los asuntos de la chica de la papelería en llamas, se despista y no lo ve venir.

12.

El golpe tampoco es muy estrepitoso. Un choque frontal sin consecuencias. Lo único el susto, la sorpresa y los papeles del maletín desparramados por el suelo. Los dos se levantan y se preocupan el uno por el otro. Comentan que también es casualidad haber llegado los dos al mismo tiempo a la esquina, que si el azar, que si la mala suerte... Y recogen las cosas del maletín. Se escucha de fondo una música metalizada. El dueño del maletín lo comenta. El que venía haciendo footing dice que el de la música es él, su reproductor de mp3, vaya, y

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

que le gusta ponérselo muy fuerte. Le cuenta ese detalle por cordialidad y por relajar la tensión del encontronazo. Mientras lo comenta se coloca el auricular que cuelga en su hombro. El otro abre su maletín y comienza a guardar ordenadamente los papeles que han salido despedidos.

Unos metros más allá olvidan recoger un libro, que también iba en el maletín.

Los dos, en cuclillas, terminan de ordenar informes y de recoger papeles y se incorporan. No ven el libro. Se disculpan, se despiden cordialmente y siguen su camino.

El libro queda allí.

13. La mirada encontrada.

Arrastrando el carro de la compra repleto de cosas se siente cada vez más hombre, más persona. Desde que conoce a ese tipo con el que comparte banco todas las noches. Contarle todas esas historias lo ha vuelto a enfrentar con lo que fue. Cara a cara consigo mismo cuarenta años atrás. Cara a cara con aquellos ojos infinitos, oscuros, enormes que le dieron contraste a su vida, que lo llevaron de la mano, acunado, tanto tiempo. Cara a cara con el álbum marrón, con las fotos de esos ojos, con las fotos de los suyos. Cara a cara, también, con los despojos, con la ruina, con la mierda elevada al infinito. Y cara a cara con la enfermedad, y con la muerte, y con el consumo lento, agonizante, de las ascuas negras de aquella mirada al fin finita. Los ojos colorados, escocidos por dentro, los suyos, ahora, con el viento templado penetrando y el carro de la compra repleto de ropas y de cosas y de nada. Y la mirada perdida, perdida hace años y casi encontrada, casi tan sólo, todavía. Caminando por las calles de la ciudad que nunca fue suya, por el barrio de las grúas continuas,

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

empujando su carrito, se avergüenza de dar tanta importancia a esas tonterías, a esas historietas caducadas, cuando todavía no sabe dónde va a pasar la noche.

Pero está regresando, está volviendo a ser aquél joven bruto que marchó a buscar trabajo hace casi medio siglo...

El carrito vibra por las muelas de los adoquines y él sigue empujando, vibrando con él, pensando también en buscar algo de comida para pasar el día y algo de alcohol para soportar la noche.

Pero está volviendo a ser aquella persona. Está volviendo a ser persona.

14.

Lara decide que ya está bien. Es suficiente. Hace ya un buen rato que el chico se marchó del piso. Ha tenido tiempo de volver a sentirse sola, como al principio, como antes de que llegara. Ha tenido tiempo de reconfortarse un poco asimilando que ha compartido su historia por fin, que ha salido del caparazón, que Pablo de nuevo ha vuelto a rozar sus labios, aunque sólo haya sido al nombrarlo y renombrarlo. Aparta a un lado la papelería con cenizas y pasa a la habitación de al lado, con la misma desnudez, con la misma neutralidad gris de lo que fuera el salón. En un rincón, sobre las baldosas templadas y arrimado a la pared, a la altura de la cenefa con ositos arrancada irracionalmente, el álbum marrón parece haber estado escuchando a escondidas su propia historia. Lara lo recoge y, de forma instintiva, lo abre. Los huecos de las fotos quemadas se le clavan. Y le duele. Cerrándolo de golpe, sale de la casa sin echar una última mirada. Para qué, si sabe lo que van a encontrar sus ojos escocidos, hinchados, manchados de rimel corrido.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

Perderse en la calle es un alivio. Recordando *La ciudad de Cristal* de Paul Auster, uno de sus escritores favoritos, piensa en Quinn, su protagonista, al que le encanta perderse en el laberinto de calles que para él es Nueva York, en busca de una identidad propia que no alcanza nunca. Más pequeña que Nueva York, la ciudad la recibe con sus calles anodinas y las grúas de las obras erguidas. La ciudad que crece insostenible. Aquel barrio que está cambiando. Todas esas cosas son el contexto espacial. Porque ella está a otra cosa. Al contrario que Quinn, que perdiéndose en su laberinto buscaba huir de sí mismo, no estar en ningún sitio, Lara callejea por el laberinto de calles, de obras, de nuevas casas y de grúas como forma de encontrarse, de preparar el momento que ha de llegar, que la va a ayudar a ser más fuerte, a aceptar mejor su circunstancia. Si para Quinn lo indescifrable de su laberinto era motivo de placer y de realización personal por su catarsis reflexiva, para Lara el laberinto tiene solución, es el medio que la conduce a un fin. Un fin, porque ella sabe muy bien a dónde se dirige.

Con el álbum bajo el brazo, tiene que terminar de cerrar el círculo.

Así, camina tranquila y sin prisa, dejando pasar un poco el tiempo y las calles.

15.

El carrito tropieza con algo y se bloquean las ruedas. Él se detiene y deja de pensar en todo lo que venía pensando. Al rodear el carrito y agacharse a ver qué es lo que hay atrapado bajo las ruedas delanteras, siente de nuevo, más de cuarenta años después, aquella vieja punzada en la cabeza. Con las tapas

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

retorcidas entre la goma picada de las ruedas, acierta a ver escrito, en grandes letras mayúsculas marrones, el título del libro. No podía ser otro.

El carrito vuelve a rodar a todo ritmo y en dirección opuesta a la que traía. La vieja edición anaranjada de Edhasa del *Justine* de Durrell vibra sobre todos los ropajes, las mantas y los trastos del carro. Los cabellos canosos y largos se extienden hacia atrás, dándole un aire de presteza y excentricidad que hacía tiempo que ya no tenía. Mil millones de imágenes recorren su mente de nuevo. Son como escenas de película, en formato más que panorámico, breves fragmentos de su vida, ojos, barcos, cajas, cartones de vino, carros de la compra repletos de ropajes, bancos, parquecillos, muelles, putas, espaldas, discos de segunda mano, fotos, álbumes, tropiezos, esquinas, caricias, sexo, sonrisas, llantos, enfermedad, tedio, desesperanza, ojos rojos...

Al llegar al banco su compañero de charlas ya se ha ido. Se detiene.

Unos segundos. Sólo se escucha el rumor de la ciudad.

Agachándose con una agilidad que le sorprende, arranca con las manos puñados de tierra humedecida de debajo del banco, la aparta con ansias. Un montoncito de arena oscura se va acumulando a un lado. Algo empieza a florecer en el hueco que sus manos van formando en la arena, algo de un color parecido a la tierra que lo cubre, una especie de rectángulo con dos cuerdas gruesas, negras.

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

El viejo álbum ha estado enterrado muchos años. Ahora es el momento de recuperarlo. Todas las señales coinciden: sus conversaciones con el escritor, sus reflexiones personales, el encuentro de ese libro... Un cúmulo de lo que hasta hace bien poco le hubieran parecido idioteces del pasado y curiosidades malditas pero que ahora son un chasquido de dedos, un chispazo, una nueva punzada en la cabeza. La señal de reacción.

Ahora es el momento de recuperarlo. Ahora que es capaz de mirar atrás sin vergüenza, sin rabia, sin dolor.

Ahora que cree tener el derecho de seguir adelante.

16.

Varias horas caminando. Deambular por las calles.

Es un buen sitio. Es el sitio. El mismo lugar donde empezó todo. El álbum debe quedarse allí, donde Pablo lo descubrió por primera vez. Entonces fue el comienzo de un proyecto en común. Ahora ya no tiene sentido. Permanecerá en sus recuerdos. Nunca tendrá más fotos.

Lara observa el lugar. Unos cuantos setos, algún árbol mediano y varios parterres mal cuidados.

Cuando se convirtió en un lugar simbólico, para ella, para los dos, no reparó mucho en el lugar en sí. Simplemente, desde aquel día, aquel parquecillo pasó a formar parte del índice de su imaginario espacial. Como el callejón de Utrecht con bicicletas antiguas donde decidieron vivir juntos. Como aquella calle, cerca del campo de fútbol, en la que cenaron unas hamburguesas, dentro del coche, muertos de frío, una noche de invierno, cercanas las navidades, y ella le contó

Segundo Premio de Relato David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

que en unos meses serían tres en casa. Mirándolo ahora, mirando aquel parquecillo feúcho y desalmado, la atacan las dudas. ¿Será buena idea?

Le llama la atención que sólo haya un banco. En el lugar donde deberían estar los otros bancos hay tierra removida. Se acerca al banco. Lo mira. Está vacío. Lo mira mejor. Descubre un montón de tierra a un lado. Se agacha. Hay un hueco. Un hueco rectangular, del mismo tamaño que el álbum. No se lo puede creer. ¿Qué es esto? Piensa mil cosas y ninguna. Piensa y despiensa. Pero lo que tiene clara es una cosa: ése es el lugar del álbum. Es el lugar para el álbum. De ahí salió un día, desenvuelto de papel de regalo, en manos de Pablo, el papel de regalo, el montón de arena, el hueco en la tierra, las manos de Pablo...

La tierra se cuela entre sus uñas mientras cubre las tapas del álbum. Un último vistazo entre lágrimas, las últimas lágrimas. “El álbum de fotos de Lara y Pablo.”

Silencio y rumores de ciudad. El sonido ensordecedor de un avión que cruza el cielo azul marino, dejando una estela blanca suspendida en el aire.

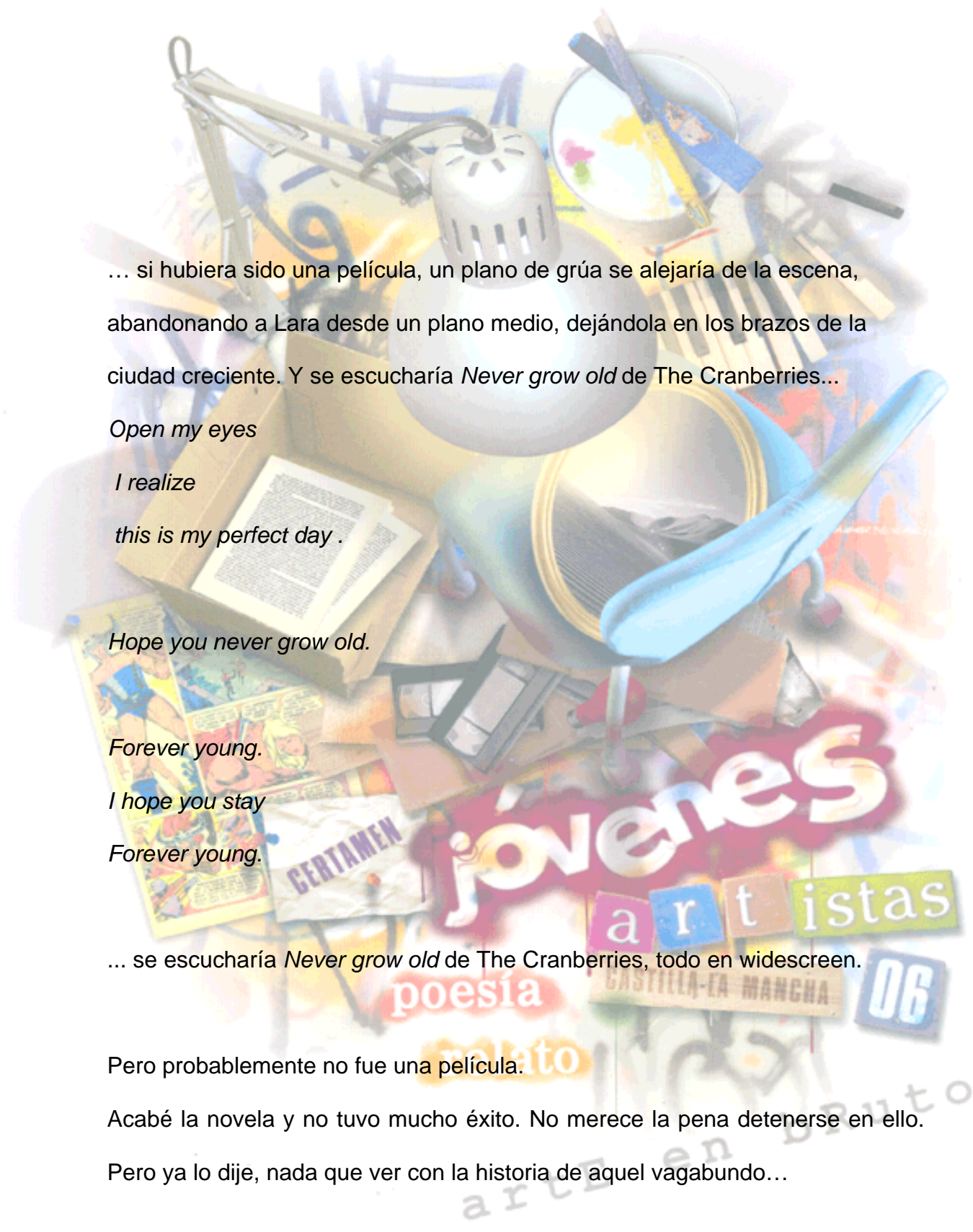
Y Lara arrodillada unos minutos delante del único banco.

Aquél no es un parque muy grande. Es más bien una de esas zonas verdes que hay en el interior de los barrios, una especie de manzana grande liberada de hormigones y fachadas de ladrillo.

Pero con decenas de grúas que se alzan todo alrededor amenazantes.

FIN

Segundo Premio de Relato
David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”



... si hubiera sido una película, un plano de grúa se alejaría de la escena, abandonando a Lara desde un plano medio, dejándola en los brazos de la ciudad creciente. Y se escucharía *Never grow old* de The Cranberries...

Open my eyes

I realize

this is my perfect day .

Hope you never grow old.

Forever young.

I hope you stay

Forever young.

... se escucharía *Never grow old* de The Cranberries, todo en widescreen.

Pero probablemente no fue una película.

Acabé la novela y no tuvo mucho éxito. No merece la pena detenerse en ello.

Pero ya lo dije, nada que ver con la historia de aquel vagabundo...

Segundo Premio de Relato
David Martínez Pérez “Paralelas imperfectas”

...Desapareció tras aquella noche en que lo encontré raro. Y nunca más supe de él. Sólo espero que recuperara, de alguna forma, aquellos ojos grandes, infinitos, que un día le cambiaron la vida al doblar una esquina.

En cuanto a Lara, qué decir. Nunca la conocí ni la conoceré.

Pero si su historia fuera una película, terminaría con esa canción de The Cranberries. Y con el plano de grúa en widescreen. Seguro.

Se me olvidaba. Hace poco volvió a tocar Joshua Redman por aquí.

Estuve en el concierto.

Al salir me tropecé con mi ex novia. Pero esa ya es otra historia...



jóvenes
a r t i s t a s
poesía
relato
CASTILLA-LA MANCHA 06

arte en bruto